

te en espléndido santuario la cueva donde había resonado el primer grito de libertad. Los sucesores de García siguieron en esta empresa, y no solo adjudicaron al santuario mucha parte de sus conquistas, sino que le annoblicieron con singulares mercedes y privilegios.

En la primera época residia allí el único obispo de Aragón, hasta por varios siglos, hasta 802 en que Don García, el cuarto rey de Sobrarbe, trasladó el santuario con sus dependencias y puso en él monjes de San Juan de la Peña, bajo la dirección del abad Teodoro.

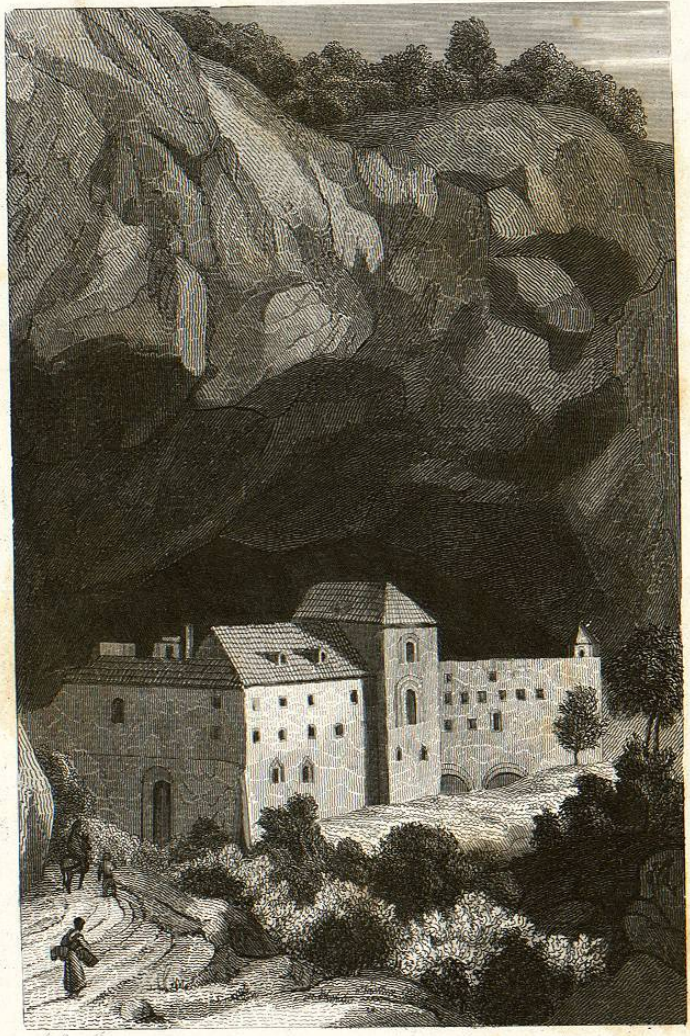
Después de dicho tiempo, los señores condujeron su cadáver a San Juan de la Peña, donde se le hizo sepulturas y trasladaron a nuevos sepulchros los cuerpos de sus sucesivos abades.

Desde entonces en todos los reinos de Sobrarbe contrajeron la costumbre de retirarse a San Juan de la Peña, siempre que la guerra les concedia algun espacio de reposo, y allí acostumbraban a pasar épocas enteras de devoción y penitencia, especialmente en la cuaresma, lo propio que varios caballeros y ricos homes que tenían a orgullo titularse *caballeros y hombres de San Juan* y que ligados a las monjas por ciertos votos y vínculos de fraternidad, se nombraban *hermanos* con el abad sin sucesion y se presentaban solícitos a pedir la licencia de salir de allí para ir al combate.

Los límites de esta jurisdicción se fueron hasta estenderse su jurisdicción por el reino de Sobrarbe, monasterios y cieno veinte iglesias secu-

lar. El primero, Don Can-  
... de Navarra que lo presidió;  
... de Aragón en  
... tiempo de que  
... los monjes de  
... campo del papa  
... principal obje-  
... romano, cuya re-  
... monasterio  
... voto en los con-  
... en las cortes de

... prosigue Cannedo;  
... luego primer abad  
... la mas antigua que



S. Juan de la Peña (aragon).

se encuentra de los sucesos de Aragon y que felizmente se conserva, fué la única luz que guió á los escritores españoles en la oscura época de la fundacion de aquella monarquía.

Habíamos ya llegado á la renombrada cueva y permanecíamos inmóviles ante el aspecto imponente que presenta el antiguo monasterio. Tiene esta cueva trescientos pasos de longitud y sesenta de concavidad, y tanta es la altura de su techo, que dá luz por encima de las paredes del edificio sirviendo sus peñascos con admirable estrañeza de tejado y de ventana.

Es admirable contemplar aquel monasterio que se alza dentro del hueco á modo de *perla en su concha que al cabo de siglos ha descubierto alguna escavacion*, segun feliz idea de Quadrado.

Allí está en toda su arquitectónica sencillez el edificio que ha sucedido á la primitiva ermita de San Juan de Atarés; allí está con sus ventanas de arco semicircular, y con su original techo de madera nunca mojado por la lluvia ni azotado sino por las piedrezuelas que se desprenden de la bóveda gigantesca; allí está el que fué panteon de los reyes hasta que la dinastía de los Berenguers buscó sepulcros mas suntuosos y marmóreos en el claustro de Poblet; allí por fin está la cuna de la triunfante libertad que por tanto tiempo se meciera como un ángel de paz y de consuelo sobre el afortunado Aragon.

Causóme no poca sorpresa ver el peñasco ahumado, pero mi amigo me recordó los tres incendios que ha padecido el monasterio y en los cuales fueron presa de las llamas códices apreciables y raros documentos interesantes que aclararian hoy la oscuridad que campea sobre los primeros reinados. El erudito Blancas habla de dos incendios; el primero muy antiguo y en el cual se quemaron las mas de las escrituras de los reyes de Sobrarbe, el segundo lo fija en 17 de noviembre de 1494, y el tercero y último tuvo lugar el 4 de febrero de 1675 el cual presencié La Ripa quien nos cuenta prolijamente el horror de aquella noche fatal en que iluminaron las llamas aquel asilo de paz, y el ardor con que los monjes acudieron á la biblioteca y archivo para salvar las preciosas escrituras que hacia tantos siglos conservaban como un tesoro.

Próximo á espirar estaba el año de 1094 cuando Pedro I, el rey que ganó á Huesca y á Barbastro, se encaminaba á San Juan de la Peña y asistía á la consagracion de la nueva iglesia que su padre Don Sancho habia dejado ya casi terminada. Desde aquella época este templo ha sido en gran parte renovado; es espacioso, tendrá como unos sesenta pasos y consta solo de una nave desde cuya mitad hasta la testera tiene por bóveda la roca en toda su rude-

za. Debajo de esta iglesia, hay otra subterránea, menos vasta, dividida en dos naves y enlosada con sepulturas de abades. Está dedicada á la Virgen aunque en sus primitivos tiempos estuvo dedicada á San Juan Bautista y á ella introducía antes un grande atrio bajo cubierto de tumbas.

En la iglesia principal una puerta del lado del evangelio introduce á la antigua sacristía, hoy regio panteon. Allí nos apresuramos á entrar, pero burlado quedará el ahelo del anticuario que allí penetre, pues que en vez de las toscas sepulturas que un siglo antes se presentaban á la vista con descuido y carcomidas, hallará una lujosa capilla fabricada bajo el reinado de Carlos III, el ilustre monarca tan amante de las glorias de su patria y tan constante protector de las artes.

En el lienzo de la pared que hay en el fondo se ve una ancha lápida que abraza todas las sepulturas, y escritos sobre ella en letras de cobre dorado los nombres de los reyes que allí yacen. En frente de ella se ven cuatro grandes medallones de estuco debidos al artista Ipas que representan la batalla de Ainsa donde se apareció al rey García Jimenez la cruz sobre el árbol, otras dos batallas de Iñigo Arista y Sancho Ramirez y el cuarto medallón á un rey en el acto de prestar juramento de guardar las libertades ó fueros del reino. A la derecha de la puerta está el busto de Carlos tercero y á los dos lados inscripciones en que se lee la época en que se erigió tan lujoso monumento. El altar que hay en frente de la puerta con dos imágenes de mármol de Carrara es notable por el jaspe azul sacado de canterías del país que forma gran parte de sus adornos, y por las bellas estatuas de la Virgen y del Evanjelista, obra del eminente escultor zaragozano Carlos Salas.

En cuanto á los cuerpos reales que allí yacen son García Jimenez, primer rey de Sobrarbe, al que hemos visto elegir dentro de la misma cueva.

Doña Enenga su muger.

Don García Iñiguez, hijo de los anteriores, segundo rey de Sobrarbe y primero de Pamplona cuya ciudad rescató de los moros.

Doña Toda ó Teuda su muger.

Don Fortun Garcés, en cuyo tiempo se dió la famosa batalla de Roncesvalles.

Don Sancho Garcés, hermano del anterior y que pereció en una sangrienta derrota á manos del aventurero Muza.

Doña Galida su esposa, hija de Don Galindo el segundo conde de Aragon.

Don García Jimenez segundo.

Don García Iñiguez, rey de Pamplona y Sobrarbe y Doña Urraca su esposa, muertos ambos por los moros en una emboscada.

Don Sancho Garcés Abarca; primer rey de Aragon.

Doña Urraca Toda su muger.

Don García Sanchez Abarca y Doña Teresa Galindez su muger.

Don Sancho Garcés Abarca y Doña Urraca Fernandez su muger.

Don García Sanchez llamado el *temblosa* ó el *temblador* y su muger Doña Jimena.

Don García Sanchez, hermano del *temblador*.

Doña Caya, señora del valle de Aivar y de Gasuña, primera muger del rey Don Sancho el *mayor*.

Doña Munia ó Elvira llamada comunmente Doña Mayor segunda muger de Don Sancho. Esta princesa, heredera del condado de Castilla, es la que, acusada por sus propios hijos, halló un defensor en Ramiro su entenado (1).

Don Ramiro Sanchez, primer rey de solo el reino de Aragon y Doña Gilberga ó Ermisenda su muger.

Don Sancho Ramirez que murió en el famoso cerco de la ciudad de Huesca y Doña Felicia hija de los condes de Urgel su muger.

Don Pedro I vencedor de la batalla de Alcoraz donde segun tradicion se apareció San Jorge, y Doña Berta su muger.

Don Pedro y Doña Isabel Sancha, sus hijos, que fenecieron en su infancia y en un mismo dia.

Don Fortun príncipe, hijo de Don Sancho el *mayor*.

Don Fernando Sanchez, hijo de Don Sancho Ramirez.

Don Aznar primero, conde de Aragon, conquistador de Jaca.

Don García Aznar y Don Fortunio, tambien condes de Aragon.

Graves cuestiones han ocupado la pluma de los historiadores acerca la veracidad de los reyes allí enterrados; la mano del tiempo borró las mas de las inscripciones, y para aclarar la duda en que yacian envueltas algunas de las escrituras, se ha revuelto el polvo de los archivos, se han formado partidos y bandos literarios que han entrado en la liza con auténticas escrituras, y no pocos volúmenes en fólío se han escrito para conquistar cada cual la gloria de tener enterrados muchos de estos reyes, ya en el monasterio de Leire, ya en otros tan ricos en recuerdos como este mismo.

«Largo rato permanecemos inmóviles,—dice el jóven y entusiasta Larrosa en su *Viaje á San Juan de la Peña*, — en el humilde panteon de nuestros anti-

(1) Nuestro célebre poeta Zorrilla tiene escrito sobre este hecho su drama EL CABALLO DEL REY DON SANCHO.

guos soberanos: nos remontábamos, trepando la imaginación por el espeso velo que cubre los siglos VIII, IX, X y XI para recordar los felices y gloriosos tiempos en que pisaban el suelo que nosotros pisábamos, aquellos reyes sencillos y esforzados que fueron la férrea barrera que opusieron los hijos de los godos al torrente agareno que invadiera las demás tierras de España: que aquí, en este rincón ignorado se albergaban aquellos héroes que ofrecían en las batallas para cada cien árabes un solo cristiano, pero un cristiano que llevaba en su corazón el castillo de la religión é independencia que defendía á muerte, y eran los sagrados objetos que formaban sus grandiosas esperanzas, que daban brio á su corazón cuando penetraba en la espesura de afilados alfanjes para responder al grito de Alá con el nombre de Dios....

«Agitada mi imaginación — prosigue el mismo escritor — con el recuerdo de aquella edad, creía ver levantarse de sus toscas y humildes tumbas aquellas veneradas sombras para presenciar nuestras ruines contiendas hijas de más ruines pasiones. Hermosa soledad eligieron para descansar sus cuerpos que nose desnudaron del acero! Bajo el enorme peñasco que los guarda del huracán y de la tempestad, solo algún viajero va á turbar el silencio de sus tumbas para meditar el curso de los siglos que velozmente van pasando hundiendo las coronas en el polvo de los panteones. Salimos de la lujosa capilla pero no sin dejar de echar una mirada á los preciosos adornos que cubren las roídas paredes, y que parecen una rica vestidura sobre un anciano caduco. La civilización de nuestros siglos á veces, aunque no sea más que por orgullo ó vana ostentación, cubre con el mármol y el oro el polvo de nuestras antigüedades.

«Llor al serenísimo Don Carlos tercero que labró tan famosa capilla!

«Mas hoy está abandonada al silencio; no hay un mortal que vele por esta preciosa antigüedad, y, aunque el gobierno tiene un respetable monje en el monasterio de arriba, la noche tiende sus sombras sobre el monasterio antiguo, y no repite el eco por los riscos las preces de los antiguos monjes: la soledad y el desamparo cubre con sus alas las tumbas de los reyes....

Al menos, así nadie turbará la paz en que reposan sus cenizas.»

Así se exclamaba Larrosa en el ímpetu generoso de su poético entusiasmo.

Salimos del panteon donde á la par tan tristes y tan gratas emociones habíamos experimentado y, dejando la iglesia, corrimos á leer las muchas inscripciones esparcidas por el átrio, que es otro panteon, el panteon donde duermen á los piés de sus amados soberanos los ricos hombres y nobles capitanes, rudos y sencillos guerreros de la primera época, fieles y adictos á sus monarcas como el acero á la vaina.

Molduras semicirculares sostenidas por diminutas figuras y formadas por cuadros de tablero al estilo bizantino, adornan las dos filas de sepulcros sobrepuestos á mano izquierda; varios llevan esculpidos escudos de armas, otros simplemente la cruz de Sobrarbe, algunos tan solo el cristiano lábaro.

Más de hora y media pasamos deletreando las inscripciones, muchas borradas en parte, y no las traslado aquí porque las constituyen casi todas un nombre, una fecha, y sería para los lectores prolijo y engorroso. Baste saber que allí se leen los nombres de los Entenzas, Corneles, Tizonas, Mazas, Seses, Alagones, Urreas, Caxales y Moncadas, nombres ilustres que recuerdan hechos de armas portentosos y que fueron origen de los mejores guerreros.

Entre las inscripciones, una me llamó particularmente la atención y se lo hice notar á Larrosa que admiró conmigo la expresión de dolor y sentimiento que se trasluce en sus bellos versos. El epitafio del noble caballero Lope Ferrench de Luna y dice así:

*Annis si mille trecentis jungitur unus,*

*Scire Lupi Ferrench poteris plorabile funus.*

*Exiit a mundo septembris sole secundo,*

*Quo lacrimas fundo, cuius nece pectora tundo.*

Esta brillante lista de féretros empezada en el siglo IX no concluye hasta el siglo XVIII, y cierra el catálogo la tumba del más testarudo aragonés que menciona la historia, el conde de Aranda, á quien no vacila en llamar Quadrado el ministro Volteriano. Mas adelante tendremos lugar de ocuparnos de este personaje.

Entre las raras inscripciones que llenaban las paredes se leía — hoy ha desaparecido ya — una con la que se pretendía negar á San Pedro de Cardena el honor de poseer los restos de la noble Doña Jimena, muger del Cid Campeador. Decia así:

*In hac tumba requiescit*

*Donna Eximina,*

*Cujus fama prentescit*

*Hispanie limina.*

*Regis Sancti fuit nata*

*Felicia que me fecit,*

*Roderico copulata*

*Gentes quem vocabant Cid.*

*Hæc in era millessima*

*Fuit hic tumulata*

*Centum et sexagessima*

*Fuit atracta et balsamata:*

*Martii nonis sed sepulta,*

*Maneat cum gaudio,  
Bona quia fecit multa.  
Presenti canobio.*

Sabida cosa es que esta señora fué enterrada en San Pedro de Cardeña, pero la lápida dice que *fuit attracta et balsamata*, es decir que habiendo sido sepultada en dicho monasterio de San Pedro de Cardeña, fué trasladada á San Juan. No falta quien crea apócrifa esta inscripcion.

Recorrimos la parte del edificio donde están las celdas, el palacio abacial y la hospedería. Paredes sin adorno, toscas mesas y sillas de pino, modestia y pobreza, pureza y sencillez, esto es lo que halla el viajero. Pasamos por una abertura que comunicaba á una bóveda oscura y baja. Rústica es por cierto la estancia en que penetramos; su techo es un peñasco, sus paredes lisas y sencillos muros. Sin embargo es una estancia histórica. En ella se celebró el concilio que mas arriba he citado reinando Don Ramiro *el cristianísimo* á siete de las kalendas de julio de 1062.

No son solo el atrio y el panteon los que están únicamente destinados á mansion de muertos. Hay tambien para ello un tercer sitio: el claustro. Bello es y majestuoso. Penétrase en él desde la iglesia por una antiquísima puerta coronada con este sencillo dístico latino:

*Porta per hanc caeli fit pervia cuique fideli  
Si studeat fidei jungere iussa Dei.*

La peña sirve tambien de dosel á este bello claustro que parece querer esconder en su concavidad sus arcos bizantinos y sus columnas de ricos esculpidos capiteles. Antes corria en medio de él una fuente. A derecha é izquierda de la puerta de la iglesia, por todo el muro y hasta en las piedras de los arcos vense allí en abundancia lápidas sepulcrales, la mayor parte de sacerdotes y abades del propio monasterio.

No nos apartamos de allí sin entrar á visitar las lindísimas capillas de San Voto y San Victorian llenas tambien de tumbas. En San Juan de la Peña todo es sepulcros. Hay allí panteon de reyes, panteon de caballeros, panteon de eclesiásticos y el mismo monasterio que es panteon de glorias y recuerdos.

Terminada nuestra peregrinacion, nos despedimos de aquel famoso sitio recorriendo las pobres ermitas dispersas en torno del monasterio como desbandadas palomas. Todas están en situacion pintoresca. Una de ellas llamada de San Voto está á la orilla misma de la roca donde milagroso poder sostuvo en los airés el desbocado bruto del audaz mancebo.

Todo lo recorrimos minuciosamente y de todo nos alejamos llevándonos un tesoro de dulces emociones.



San Pedro de Cardena (Burgos).

## SAN PEDRO DE CARDEÑA.

(CASTILLA.)

I.

DESCRIPCION HISTORICA.

San Pedro de Cardena es uno de los pueblos que, de-  
stacándose en la provincia de Burgos, ofrece un  
interesante punto de vista de San Pedro de  
Cardena.  
Situado al pie de una colina,  
y a dos leguas de Burgos y a la falda del llamado  
cerro de Cardena, edificio de una arquitectura salubre,  
pero sencilla y variada, se alza el edificio de San Pe-  
dro de Cardena, fabrica cuyo aspecto no le hace  
reconocer a mas allá del siglo pasado y que por lo  
tanto constituye en los sitios que visita en todo viajero el recuerdo de su re-  
stante fundacion.